

# ¿NO HABRA LLEGADO LA HORA DE DE-CONSTRUIR EL CONSTRUCTIVISMO EN PSICOLOGÍA CLÍNICA?

Maureen O'Hara

Center for the Studies of the Person.

1125 Torrey Pines Road, La Jolla, CA 92037, USA

*I revisit the debates over absolutism versus relativism, freedom versus determination, objectivism versus subjectivism, representationalism versus nominalism, determinacy versus indeterminacy, and other manifestations of the realism versus constructivism debate in psychology. I consider the advantages and drawbacks of both extremes and suggest that although as a critique of mainstream scientific psychology the postmodern discourse has been fruitful for clinical theory and practice, as its extreme it undermines its own claims as a basis for healing because it denies the legitimacy of any authority. Referring to recent thinking in cross-cultural psychology and neuro-science. I suggest that there may be certain universal givens that form limiting constraints on how far a psychologist can take indeterminacy. I suggest that psychologists hold a double vision, using each end of the realist-constructivist spectrum of positions of a limiting frame for the other.*

*Key words: constructivism, constructionism, clinical psychology, freedom, determinism*

---

## INTRODUCCION

Permítaseme comenzar de una forma postmodernista, ubicándome yo misma en el contexto del debate psicológico postmodernista. Supongo que estaba destinada a acabar cayendo de lleno en medio del debate abierto sobre las relación entre contextos y significados. Más de veinte años de ejercer la psicología con psicoterapeutas que llevaban cientos de apellidos (centrados en la persona, gestálticos, feministas, emancipacionistas, etc.) dan como resultado miles de horas invertidas en profundas conversaciones, a menudo extremadamente intensas tanto a nivel emocional como intelectual, y además, con muy diversa gente. He participado en diálogos terapéuticos con los intelectuales de la Ivy League, con suburbanitas del sur de California, con trabajadores de fábricas inglesas, con ejecutivos japoneses,

con habitantes analfabetos de las favelas de América latina, con aristócratas rurales de Italia y Brasil, y con colegas investigadores de muy diversos países. He tenido el raro privilegio de poder acceder a los universos íntimos de heterosexuales, lesbianas, gays y bisexuales. Gente joven y personas mayores; miembros de las clases dominantes y miembros de las clases oprimidas. A través de los años, tal cantidad de historias vitales, presentadas bajo la forma de las voces, los idiomas y las narrativas de esa enorme variedad de personas, acompañado de esa posición rogeriana/freiriana que intenta profundizar lo máximo posible en el mundo fenomenológico de la vida del cliente, me ha llevado forzosamente a evaluar de forma crítica y a llegar a de-construir mi propio punto de vista, típico de la clase trabajadora europea modernista, y pasar a verlo como lo que en realidad es: una de entre tantas otras formas viables de comprender y dar significado al mundo. Y aunque estas experiencias tan numerosas y plurales me han llevado a asumir un punto de vista postmodernista, también han reafirmado mi creencia respecto a que la gente suele optar por llegar a significados compartidos y mutuos respecto a las cosas. Por esta razón, no puedo dejar de plantearme si no habrá llegado el momento de de-construir el constructivismo.

### **OTRA MIRADA A LAS PERENNES PARADOJAS**

En el debate constructivista no hay novedades. Gran parte del mismo es el tema perenne de las discusiones sobre la realidad que se han dado a través de la historia. Lo ha hecho bajo muy diversos nombres: absolutismo frente a relativismo, libertad frente a determinismo, naturaleza frente a ambiente, objetivismo frente a subjetivismo, realismo frente a constructivismo, y representacionalismo frente a nominalismo, son sólo algunos de los nombres que ha recibido en Occidente. Se trata de una puesta en escena que ha movilizad desde eruditos filósofos a cínicos pseudo-artistas.

En nuestra generación, esta vieja discusión ha vuelto a intensificarse. Se ha reavivado bajo el enorme éxito cosechado por los intelectuales críticos –muchos de ellos provenientes de grupos y disciplinas culturalmente marginadas- al demostrar, tanto de una forma empírica como filosófica, los orígenes ideológicos de muchos de los principios aparentemente sólidos del conocimiento establecido. Partiendo de puntos de vista calificados como “diferentes” por los discursos dominantes, han obtenido un enorme éxito al haber identificado las propiedades hegemónicas de muchas de las llamadas disciplinas objetivistas. Este proceso, por el cual se ha intensificado la discusión entre realismo y constructivismo se hace especialmente visible (aunque es importante resaltar que no de forma única) en las esferas sociales y psicológicas. Historiadores de la ciencia (Gould, 1980; Keller, 1985; Laqueur, 1990; Showalter, 1985), psicólogos/as feministas (Belenky y otros, 1986; Chesler, 1972; Gilligan, 1982; Hare-Mustin y Marecek, 1990; Maccoby y Jacklin, 1975; Weedon, 1987; Weisstein, 1971), antipsiquiatras (Laing, 1967; Szasz, 1970), psicólogos (Gergen, 1991; Maslow, 1966; Rogers, 1961), sociólogos (Berger y

Luckmann, 1966; D.E. Smith, 1990) y tantos otros innumerables autores han reexaminado de forma crítica los presupuestos de la psicología clásica y han puesto de relieve a través de la ilustración de casos los sesgos y las ficciones sociales sobre los que se sustenta, así como los poderosos marcos de referencias selectivos, contruidos por grupos sociales determinados, algunos de los cuales se han mantenido en el tiempo a través del lenguaje y de prácticas tradicionales, durante largos periodos de nuestra historia intelectual y social.

La capacidad inferior para el razonamiento moral, atribuida a las mujeres, no es más que uno de los ejemplos conocidos, construida como tal a partir de los discursos míticos, eclesiásticos, políticos y científicos originados a partir de las narraciones bíblicas de Eva, pasando por San Agustín y Freud, hasta llegar a los estudios del desarrollo moral de Lawrence Kohlberg en los años sesenta. Una teoría que durante un tiempo fue considerada como un hecho sólido, y que iba acumulando evidencias confirmatorias en diversas y numerosas disciplinas, y que ha acabado por derrumbarse una vez que las mujeres han empezado a cuestionar en sus investigaciones las cosas y, lo que es más importante, una vez que han empezado a acceder a las publicaciones científicas (Gilligan, 1982).

## **PLURALISMO DENTRO DEL DIÁLOGO CONSTRUCTIVISTA**

En el contexto de la psicología americana, el discurso constructivista no constituye en absoluto un movimiento monolítico. Se ha ido configurando a partir de toda una amalgama de perspectivas diferentes. En el plano filosófico deriva de Kant, a través de Hegel, Marx, Gramsci y Foucault, y se introduce en el mundo de la psicoterapia a través de los trabajos de Kelly, Bateson, Lacan, Laing, Maslow, el último Rogers, de los terapeutas radicales y feministas, etno-terapeutas, y, en los últimos tiempos, de los terapeutas familiares, con una no despreciable influencia del Budismo Zen y del Sufismo; los constructivistas han hecho del “rechazo al representacionalismo” (Gergen, 1984) su reivindicación más famosa. Defienden que aquello que los humanos refieren como realidad, incluyendo sus propias realidades psíquicas “internas” y privadas, no son más que ficciones. La experiencia humana consiste en las historias que los seres humanos construyen, y se cuentan unos a otros.

No creo que quede demasiada gente que dude todavía de que algunas de las ideas que la humanidad conservaba sobre sí misma no son más que construcciones sociales localizadas en la historia y en la cultura. Tampoco imagino que queden muchos que nieguen la importancia del contexto, especialmente de los contextos sociales que constituyen el lenguaje, el discurso y la tradición en el proceso de elaboración del significado. Se quiera o no, hemos entrado todos en un universo de indeterminismo.

## ¿Hasta dónde llegará el indeterminismo de los terapeutas?

El dilema para los psicólogos constructivistas –tanto los clínicos como los científicos– reside en la cuestión de hasta dónde deben llevar su indeterminismo. Incluso si el o la terapeuta admite, como Kelly (1969), que todo aquello que se puede construir también se puede de-construir, la cuestión seguirá siendo hasta qué punto la gente es libre (o necesita serlo) para reconstruir el mundo desligado de las presiones de cualquier supuesto o herencia natural.

Los constructivistas no son todos iguales. Entre los constructivistas de la esfera psicológica, pueden oírse en la actualidad dos voces diferentes. Un grupo – que podría denominarse el de los constructivistas radicales, de la línea dura-defiende, de acuerdo con los post-estructuralistas, que las realidades y significados psicológicos pueden de-construirse, reenfocarse y reconstruirse indefinidamente. Los constructivistas radicales son anti-realistas y se posicionan bajo la afirmación de que no existe realidad ni por debajo ni más allá de las construcciones lingüísticas (Held, 1995). La psicoterapia se concibe como una sucesión de conversaciones con el propósito de desmontar las construcciones lingüísticas disfuncionales, y también como el vehículo que permite enseñar a los clientes las habilidades dialógicas que necesitan para pasar de un contexto a otro, respondiendo de una manera flexible e improvisada a la situación emergente. Lo que la gente toma como experiencia no es más real que las construcciones que se producen durante el proceso (Efran y otros, 1990; Gergen, 1991; Hare-Munstin y Marececk, 1990; Hoffman, 1988; Kristeva, 1980).

Existe otro grupo constructivista, más moderado, que podría denominarse como el de los constructivistas de la línea débil. Afirman que la conciencia consiste en construcciones, pero conciben estas construcciones como indicios superficiales que remiten a un experiencia más profunda, más esencial y universal. La psicoterapia, como una forma de heurística, pretende bucear entre estos indicios para encontrar supuestos o significados potencialmente universales (Gadamer, 1975; Giddens, 1991; O'Hara, 1986; Polanyi, 1969; B.M. Smith, 1994; Taylor, 1990).

Para los constructivistas radicales, lo que la gente designa como “sí mismos” o “subjetividades”, no son más que el resultado de dar rienda suelta a improvisaciones emergentes, productos de contextos dialógicos específicos. Cambia de discurso y cambiarás de “self”. Los constructivistas moderados, en cambio, adoptan la postura de que, pese a que el “sí mismo” es mucho más flexible y variable de lo que el más respetuoso racionalista modernista estaría dispuesto a tolerar, existen las bases orgánicas, existenciales o espirituales, que configuran los límites dentro de los cuales se experimenta y luego conceptualiza el “sí mismo”.

En otros tiempos, y como defensora del feminismo-emancipador que soy, encontraba muy poderoso y liberador el concepto de indeterminismo radical y de potencialidad ilimitada para la auto-recreación que ofrecen los constructivistas radicales. Hoy, sin embargo, creo que, a pesar de lo productivo que haya llegado a

ser para las humanidades, el constructivismo radical constituye una base gravemente limitada para la práctica de la psicología clínica. Y todavía resulta más limitado, por no decir fatalmente deficitario, en la esfera de la política pública, pero dejo esta discusión para otra ocasión.

## **CONSTRUCTIVISMO COMO PSICOLOGÍA CLÍNICA**

### **Génesis modernista de la práctica clínica**

Las limitaciones del constructivismo en la práctica clínica se refieren tanto a un aspecto epistemológico como pragmático. Después de todo, la psicología clínica es la quintaesencia del proyecto modernista. Configura su autoridad, como discurso, a partir del modernismo autocomplaciente que tuvo sus orígenes en el siglo XIX. Existe un supuesto tácito, a veces hasta explícito, en la psicología clínica, que forma parte del contrato que establece los términos y marcos de referencia de la terapia entre el terapeuta y el cliente, acerca de que las conversaciones terapéuticas están cargadas de significado, de propósito, y constituyen una actividad válida que lleva a alguna parte, de alguna manera mejor y más real.

Para que la psicoterapia sea eficaz, es necesario que las personas que participan en ella, tanto el terapeuta como el cliente, consideren que no todo es aleatorio y arbitrario, y que, pese a que en este momento no pueda verse, existe una coherencia, y van a poder encontrarse unas causas, significados y remedios para el sufrimiento. Si este supuesto tácito, como cualquier otro, se deconstruye radicalmente y se explica únicamente como representante de las inversiones colectivas de las élites psicológicas establecidas, es justo afirmar que de esta forma desaparecerá la justificación para la práctica de la psicología clínica, dejándola únicamente, tal y como los críticos radicales se han encargado de apuntar, como cínico medio comercial o de control social coercitivo (Chesler, 1972; Foucault, 1965; Szaz, 1970; Weedon, 1987).

Algunos psicoterapeutas constructivistas radicales parecen conformarse con continuar con la práctica pese a haber llegado a la conclusión de que, en último término, no puede justificarse ninguna demanda terapéutica ¿Es realmente sostenible todo esto?

### **Supuestos de coherencia y significado**

Como indicaba Polanyi (1969), el deseo de creer en una mayor coherencia es la condición *sine qua non* tanto para las empresas científicas como psicoterapéuticas. Recientes hallazgos en el campo de la evolución de la mente sugieren que la necesidad de encontrar coherencia constituye uno de los procesos psicológicos humanos más básicos. Allman (1994), por ejemplo, defiende que la psique humana no hubiera evolucionado como la ha hecho a no ser por la necesidad que tiene el hombre de conocer –de forma cierta– qué es lo que estaba pasando en las mentes de otros miembros de la comunidad. Si la gente se hubiera quedado al nivel de las

señales superficiales, se hubiera visto inundada por *inputs* sensoriales indescifrables, y se hubiera perdido en medio de una incoherencia superficial interminable, carente de significado y hasta enloquecedora. Sin esta “intencionalidad universal” –la creencia compartida entre las personas de que sus expresiones apuntan a algo que está más allá de sí mismos o, en otras palabras, que significan algo- la práctica de la psicoterapia deconstructivista, en lugar de conducir a mayores niveles de salud, tal y como promete, conduciría al cinismo y, en algunos casos a la locura.

Así pues, parece que existe una buena razón para creer que es algo más que una ficción lo que permite unir las psiques y las comunidades humanas. También parecen haber razones que permiten pensar que al menos ciertas realidades psicológicas internas se proyectan de forma fidedigna sobre el mundo real. Y parece haber también una buena razón para pensar que los lenguajes humanos (lenguajes matemáticos, los narrativos y otras construcciones sociales) son expresiones creativas de verdades más profundas y amplias que hablan (aunque de forma críptica) de ciertos universales compartidos sobre la vida entre los seres humanos del planeta.

## **SUPUESTOS Y UNIVERSALES EN LA VIDA PSICOLÓGICA**

No es este el lugar apropiado para dar cuenta de toda la evidencia que confirma la existencia de universales que afectan y establecen límites a las realidades socialmente construidas. Pero sí voy a proporcionar unos pocos ejemplos seleccionados:

- La depresión -cogniciones negativas, desesperanza, preocupación por la muerte, afectividad inhibida, excesiva preocupación por el sufrimiento, y sensación de una total falta de sentido último- está considerada una enfermedad en nuestro Occidente optimista, mientras que en las culturas budistas, un estado tal se cultiva, y pasa a ser visto como señal de una mente superior (Obeyesekere, 1985). Sin embargo, en ambos casos pueden indicarse inhibidores de la recaptación de la serotonina (Epstein, 1993).

- Hasta un cierto punto, el significado de los colores es algo relativo en función de las culturas, pero todas ellas conocen al menos el negro y el blanco; en el caso de que la cultura en cuestión conozca tres colores, el tercero es el rojo; si hay un cuarto, sería el amarillo-verde. Las culturas con múltiples colores comparten alrededor de ocho colores básicos reconocidos (Lakoff, 1987).

- Estudios trans-culturales, así como otros que comparan las expresiones faciales de los niños ciegos con respecto a los videntes revelan que existen por lo menos seis emociones humanas básicas reconocibles o tal vez universales entre los humanos (Ekman y otros, 1982).

- Conceptos como los de vida y no vida, de bueno y malo, de aquí y allá, de esto y de aquello, de comestible y no comestible, de detenerse y continuar son universalmente conocidos.

La investigación reciente sobre el cerebro sugiere que al menos algunas de las categorías que la humanidad utiliza para describir la realidad, y que se manifiestan como “símbolos” o incluso como “conceptos” en la construcción social, existen en forma de información química y topológica dentro de la estructura cerebral humana. Situado casi en el extremo opuesto con respecto a los construccionistas sociales, Gazzaniga (1992) sugiere que lo que hay ahí fuera es real y que la propia evolución del organismo humano, incluida la conciencia, emerge y se explica en términos de materia real. Las construcciones sociales humanas, incluso las matemáticas, los productos “internos”, rastreados como lo hacen el mundo porque lo que está “ahí fuera” está también “ahí dentro”, ejerciendo de patrones tanto fijos como modificables de conexiones y excitaciones neuronales, y se seleccionan a partir de su experiencia con el mundo, a través de escalas temporales biográficas o evolucionistas. Un posicionamiento tal ya era visible en el trabajo del zoólogo de inicios de siglo, Thompson (1917), y se ha visto confirmado por estudios más recientes, como el de Melzack (1990), referente al fenómeno del miembro fantasma. Melzack subraya que la existencia de experiencias de miembros fantasma, incluso en personas que han nacido sin el miembro en cuestión, sugiere que en su camino hasta el ser humano, la evolución ha asignado a la mente importantes actividades y experiencias. Allman (1994) ha defendido recientemente que la psique humana existente – sus componentes intelectuales y emocionales; su comprensión del mundo natural e interpersonal; su capacidad para el arte, para el uso del lenguaje y para otorgar significados-, evolucionó en respuesta a la vida del ser humano como primate social, en la que los significados de los otros en el grupo social tenían relevancia en cuestiones, por ejemplo, como la vida y la muerte.

En el contexto de la realidad social, y a pesar de frecuentes malentendidos jocosos o trágicos, la gente se muestra más o menos capaz de comprender las construcciones de los demás. Yo afirmo que ello se debe a que las construcciones sociales, cualquiera que sea sus particularidades o matices, se producen en seres similares en respuesta a un mundo que presenta cuestiones biológicas, existenciales y espirituales parecidas. Todo eso debe llevar a los psicólogos clínicos a rechazar el indeterminismo radical propio de la línea dura del constructivismo. No estoy sugiriendo que los psicólogos clínicos abandonen el constructivismo y vuelvan al determinismo primitivo, sea científico o místico. Más bien, creo que deberían considerar la posibilidad de que pueda haber algo (¿me atreveré a decirlo?) universal en la misma cuestión a debate. ¿Podría ser que en la misma cuestión de, por ejemplo, absolutismo frente a relativismo, el debate tenga sentido porque ambas cualidades existen como propiedades intrínsecas tanto de la mente como de la materia?

## **Tensiones esenciales: Evitación de extremos**

Cuando los constructivistas defienden que abandonar la certeza permitirá a los modernistas basados en la tradición entrar en el juego de la improvisación social original, y que ello puede constituir un rayo de esperanza ante un audaz mundo postmodernista, en el que las viejas estructuras de poder explotadoras se verán sustituidas por otras que permitan un acceso más amplio a los beneficios de la civilización, seguramente tienen razón. Pero también la tienen los neurólogos que atribuyen al menos algunos de los aspectos de la vida psicológica—estilos cognitivos, algunas diferencias de género, patrones de vida familiar, e imaginaria arquetípica, por ejemplo-, al legado neurológico heredado o tal vez compartido.

Pero es en el momento en que los terapeutas optan por el determinismo o por la posición constructivista en sus extremos cuando aparecen los problemas. Independientemente del extremo que se asuma, se evapora el terreno abonado para la vitalidad o la individualidad. Si se parte de una posición determinista absolutista, defendiendo que los seres humanos están determinados por los genes, encerrados entre patrones cognitivos, complejos edípicos o tendencias auto-actualizantes, se llega a una visión de un ser humano conducido por algo inerte, repetitivo, con compulsiones robóticas. El deseo, la aspiración humana, que es expresión de lo humano, desaparece. Y si se asume el punto de vista postmodernista/relativista extremo, en el que todos los contextos se convierten en contextos de otros contextos, vuelve a desaparecer el medio humano, y la existencia individual pierde sentido, excepto cuando se legitima en los otros o en la circunstancia. Desde la psicología, ambos extremos conducen al vacío y a la deserción.

Afortunadamente, no parece que este paisaje desolador vaya a convertirse en la norma. Los humanos constituyen un conjunto creativo, juguetón, relativamente estable, coherente y expresivo, que intenta disfrutar de la vida cada vez que puede y que no parece cansarse nunca de hacer preguntas impertinentes destinadas a derribar certezas e incertidumbres previas. No es descabellado especular que los viejos dilemas filosóficos no van a resolverse en el terreno de lo abstracto, sino que sólo van a tener solución en el concreto alboroto de la vida cotidiana, la cual, a pesar de lo que les gustaría creer a los filósofos, avanza con o sin claridad filosófica. Los clínicos que, según creo, también habitan en ese alboroto de la vida cotidiana, deben aprender a asumir la paradoja. Puede que resulte útil asumir posiciones más absolutistas en algunos aspectos de la realidad psicológica, como el papel central de la relación temprana entre padres y niños en el desarrollo de la conciencia, y en cambio, posiciones más relativas en otros aspectos, como el significado o sentido de la experiencia religiosa. Pero en general, creo que los psicólogos deben aspirar a moverse en más de uno de los discursos propios de la comunidad de referencia. En lugar de buscar en psicología el equivalente de una gran teoría física omnicompreensiva, los clínicos deberían aprender a asumir ambas o una doble postura y a intentar trazar un sendero entre Scila del absolutismo y Caribdis del



relativismo paralizante, evitando el forzarse a sí mismos a tener que elegir entre uno de los dos extremos, para dejar que la existencia de cada posición proporcione un reto interpretativo para el otro. Asumiendo esta doble postura dialógica, podrán, por ejemplo, interpretar el conocimiento biológico mediante el mundo de los significados y de contextos sociales, y viceversa, permitiendo a cada uno de ellos ejercer de límite del otro.

### **Pretensiones de universalidad**

La emancipación humana sigue progresando, tal y como es de prever, y la mente y la conciencia están aún evolucionando. Parece razonable especular que la evolución del mundo que ha llevado a la gente de las tribus a las grandes ciudades va a crear nuevas exigencias respecto a las habilidades psicológicas y sociales de los seres humanos. El éxito conseguido por la humanidad al superar la paradoja del absolutismo/contextualismo ha permitido que la conciencia llegara a este punto, y por eso creo que merece mantenerse en esta doble posición. Sin embargo, y de acuerdo con Polanyi (1969) y Gadamer (1975), creo que pese a que la gente puede mantenerse en esta doble posición de una forma heurística, lo hacen desde una intención universal, con la creencia –sí, creyendo– que al ir más allá de las apariencias superficiales llegarán a universales compartidos. Defiendo, por lo menos, “la pretensión de universalidad en el acto de comprensión y expresión” (Gadamer, p.493), y partiendo del convencimiento de que el conocimiento no se detiene nunca, sino que siempre está en proceso de convertirse en algo nuevo, “no se puede desestimar la posibilidad de llegar a un acuerdo entre seres razonables” (Gadamer, p. 180). Incluso en un momento en que la humanidad toma conciencia de la posibilidad de deconstruir narrativas ancestrales, no se debe abandonar la búsqueda de vías no coercitivas para llegar a significados compartidos por todos, al mismo tiempo que se acepta que la propia experiencia de este viaje es mucho más importante que el punto de llegada.

---

*En este artículo me he propuesto llevar a cabo una revisión de los debates abiertos en la actualidad entre el absolutismo frente al relativismo, la libertad frente a la determinación, el objetivismo frente al subjetivismo, el representacionalismo frente al nominalismo, el determinismo frente al indeterminismo, y otras manifestaciones de la polémica que enfrenta al realismo con el constructivismo en psicología. Para ello, tomo en cuenta las ventajas e inconvenientes de ambos extremos y sugiero que, aunque el discurso postmodernista haya dado muchos frutos tanto en la teoría como en la práctica clínica, erigiéndose en voz crítica de la corriente principal de la psicología científica, cuando se lleva al extremo atenta contra sus propias aspiraciones de convertirse en fuente de curación, ya que niega la legitimidad de cualquier autoridad. Considerando el pensamiento imperante actualmente en la psicología y la neurociencia transcultural, sugiero que los psicólogos utilicen ambas visiones, usando los extremos del espectro realismo-constructivismo como marco que limite la acción del otro.*

*Palabras clave: constructivismo, construccionismo, psicología clínica, determinismo, libertad.*

**Nota Editorial:** Este artículo se basa en una conferencia presentada en la 102<sup>a</sup> Convención Anual de la Asociación Americana de Psicología, celebrada en Los Angeles, California, en Agosto de 1994 y apareció publicado en el *Journal of Constructivist Psychology*, 8 (4), 293-303, 1995 con el título “Is it time for clinical psychology to deconstruct constructivism?”. Agradecemos el permiso para su publicación

Traducción de: Isabel Custodio Novaro

### Referencias bibliográficas:

- ALLMAN, W (1994): *The Stone Age present*. New York: Simon & Shuster.
- BELENKY, M.F., CLINCHY, B.M., GOLDBERGER, N.R., Y TARULE, J.L. (1986): *Women's ways of knowing: Development of self, voice and mind*. New York: Basic Books.
- BERGER, P.L. Y LUCKMANN, R. (1966): *The social construction of reality: A treatise in the sociology of knowledge*. Garden City, NY: Doubleday.
- CHESLER, P (1972): *Women and madness*. Garden City, NY: Doubleday.
- EFRAN, J.S., LUCKENS, M.D., Y LUCKENS, R.J. (1990): *Language, structure and change: Frameworks of meaning of psychotherapy*. New York: Norton.
- EKMAN, P., FRIESEN, W.V., Y ELLSWORTH, P (1982): What are the similarities and differences in facial behavior across cultures? En P. Ekman (Ed.): *Emotions in the human face*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- EPSTEIN, M. (1993, Fall): Awakening with Prozac: Pharmaceuticals and practice. *Tricycle: The Buddhist Review*.
- FOUCAULT, M. (1965): *Madness and civilization: A history of insanity in the Age of Reason*. New York: Random House.
- GADAMER, H-G. (1975): *Truth and Method*. New York: Crossroad.
- GAZZANIGA, M.S. (1992): *Nature's mind: The biological roots of thinking, emotions, sexuality, language and intelligence*. New York: Basic Books.
- GERGEN, K.J. (1991): *The saturated self: Dilemmas of identity in contemporary life*. New York: Basic Books.
- GERGEN, K.J. (1994): Exploring the postmodern: Perils or potentials? *American Psychologist*, 49, 412-414.

- GIDDENS, A. (1991): *Modernity and identity: Self and society in the late modern age*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- GILLIGAN, C. (1982): *In a different voice: Psychological theory and women's development*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- GOULD, S.J. (1980): Sociobiology and the theory of the natural selection. En G.W. Barlow y J. Silverberg (EDS.): *Sociobiology: Beyond nature/nurture? Reports, definitions, and debate*. AAAS Selected Symposium (pp. 257-269). Boulder, CO: Westview Press.
- HARE-MUSTIN, R.T. Y MARECEK, J. (EDS.) (1990): *Making a difference: Psychology and the construction of gender*. New Haven, CT: Yale University Press.
- HELD, B. S. (1995). The real meaning of Constructivism. *Journal of Constructivist Psychology*, 8 (4), 305-316.
- HOFFMAN, L. (1988): A constructivist position for family therapy. *Irish Journal of Psychology*, 9, 110-129.
- KELLER, E.F. (1985): *Reflections on gender and science*. New Haven, CT: Yale University Press.
- KELLY, G.A. (1969): *Clinical Psychology and Personality: The selected papers of George Kelly*. New York: Wiley.
- KRISTEVA, J. (1980): *Desire in language*. New York: Columbia University Press.
- LAING, R.D. (1967): *The politics of experience*. New York: Ballantine Books.
- LAKOFF, G. (1987): *Women, fire and dangerous things: What categories reveal about the mind*. Chicago: University of Chicago Press.
- LAQUEUR, T (1990): *Making sex: Body and gender from the Greeks to Freud*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- MACCOBY, E.E. & JACKLIN, C.N. (1975): *The psychology of sex differences*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- MASLOW, A. (1966): *The Psychology of science: A reconnaissance*. New York: Harper & Row.
- MELZACK, R. (1990): Phantom limbs. *Scientific American*, 266, 120-126.
- OBEYSEKERE, G. (1985): Depression, Buddhism, and the work of culture in Sri Lanka. En A. Kleinman & B. Good (Eds.): *Culture and Depression* (pp. 134-152). Berkeley, CA: University of California Press.
- O'HARA, M. (1986): Heuristic inquiry as psychotherapy: The client-centered approach. *Person-centered Review*, 1, 172-184.
- POLANYI, M. (1969): *Knowing and being*. Chicago: University of Chicago Press.
- ROGERS, C.R. (1961): *On becoming a person*. Boston: Houghton Mifflin.
- SHOWALTER, E. (1985): *The female malady*. New York: Pantheon.
- SMITH, B.M. (1994): Selfhood at risk: Postmodern perils and the perils of postmodernism. *American Psychologist*, 49, 404-411.
- SMITH, D.E. (1990): *The conceptual practices of power: A feminist sociology of knowledge*. Boston: Northeastern University Press.
- SZAZ, T. (1970): *The manufacture of madness*. New York: Harper & Row.
- TAYLOR, C. (1990): *The ethics of authenticity*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- THOMPSON, D. (1917): *On growth and form*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- WEEDON, C. (1987): *Feminist practice and poststructural theory*. Oxford, U.K.: Basil Blackwell.
- WEISSTEIN, N. (1971): Psychology constructs the female. En V. Gornick & K .B. Moran (Eds.) *Women in sexist society* (pp. 133-146). New York: Basic Books.